



SERMON

para la **Dominica vigésima
tercera despues de Pen-
tecostés.**

Non est mortua puella; sed
dormit.

*No está muerta la muchacha;
sino dormida.*

S. MATEO, CAP. 9.

Hablando Jesus con el pueblo, se acercó á él un Príncipe de la Sinagoga, y le adoró diciendo: Señor, mi hija única acaba de morir; pero ven, y pon tu mano sobre ella, y vivirá. Y

levantándose Jesus, le seguia con sus discípulos. Al mismo tiempo una mujer que padecia flujo de sangre, hacia ya doce años, llegándose á él por detras, tocó la orla de su vestido, diciendo entre sí: con solo que yo tocare la punta de su vestido, quedaré sana. Volvióse Jesus entonces, y viéndola dijo: hija, ten confianza: tu fe te ha sanado; y quedó sana la mujer desde aquella hora; era esta buena Israelita de la ciudad de Cesaréa de Filipo, y penetrada de gratitud hácia el divino Salvador, hizo levantarle una estatua delante de su propia casa en memoria del milagro hecho en su persona; leccion importante para nosotros, que nos recuerda las obligaciones que debemos á Dios por las gracias y beneficios que su bondad nos dispensa, no una sola vez, como á la hemorroisa, sino todos los dias.

Cuando llegó Jesus á casa de Jairo, encontró ya dispuesto el suntuoso funeral de la jovencita difunta, por lo cual la multitud hacia gran ruido, llorando á gritos; y les dice Jesus: retiraos; pues la muchacha no está muerta, como vosotros pensais, para no resucitar hasta el último dia, sino que debe mirarse como dormida; siéndome tan fácil restituirla la vida, como despertar al que duerme. Así sucedió; entra Jesus en su aposento, la toma de la mano, y la doncellita se levanta recobrando aun toda la vida y la salud.

Las circunstancias de esta resurreccion me inspiran las reflexiones mas oportunas y piadosas que harán la materia del presente discurso, y son ciertamente muy consoladoras cuando nos ofrecen el cuadro interesante y sublime del Cristiano que

muere en gracia de Dios. Todos los hombres desean una muerte tan preciosa á los ojos del Señor, pues con ella se acaban las miserias de esta vida y entra el justo en las mansiones del gozo y del descanso. Hasta los impios mas criminales y sacrilegos desean morir bien; díganlo Voltaire, D. Alembert y Diderot. Hasta los libertinos mas audaces dicen de vez en cuando, con el profeta Balaan: *moriatur anima mea morte justorum*: sea mi muerte semejante á la de los justos: palabras admirables en la boca de Balaan; como en la de Voltaire y casi todos los impios modernos, no manifiestan sino un deseo servil, un pensamiento estéril, muy frecuente aun en boca de los mas grandes pecadores, que no quieren desasirse de sus pasiones desarregladas, quisieran morir como los justos; mas

:

no procuran vivir cual ellos. El temor á una mala muerte despedaza el corazon del malvado; pues cuando tanto suspira por un fin tan dichoso ¿cómo es que no adopta, por qué desprecia los medios fáciles de conseguirlo? ¡Tan miserable y contradictoria consigo misma es la flaqueza humana! Empero nosotros fijemos la consideracion en la fé y humildad de la muger del Evangelio de este dia, y hallaremos un medio muy fácil y oportuno de conseguir nuestro glorioso y último fin.

No considerándose digna de hablar á Jesucristo, y solo contenta con el permiso de tocar la orla de su vestido, ofrece la instruccion mas importante á los pecadores que desean de veras su conversion. Enséñales que despues de haber ofendido á Dios tan gravemente con muchos pe-

cados mortales, deben tenerse por indignos de llegar á Jesucristo por la participacion de la sagrada Eucaristía; y estar con las mismas disposiciones que el hijo pródigo, que ya, por último, contentábase con vivir en la casa paterna no como un hijo, sino como un jornalero, y el último de sus criados. Es muy digno de atencion el que Jesucristo antes de entrar en la cámara de la joven difunta, hizo retirar el tropel de gentes, cuyos gritos y llantos causaban un ruido grande. ¿Qué significa esta accion de Jesus? Mucho, para nuestra edificacion, hermanos míos: que si queremos la resurreccion de nuestras almas, es necesario sujetar tumultuosas y desenfrenadas pasiones, que llenan de inquietud y zozobra el corazon; que es preciso retirarnos de las profanas concurrencias del siglo;

pues Jesucristo no se encuentra en los tumultos mundanos. Hácenos ver en la resurreccion de la hija del príncipe de la Sinagoga, que la muerte de los justos es el principio de la inmortalidad dichosa, ó el feliz sueño del cuerpo que descansa esperando su resurreccion. Es muy consolador para el buen Cristiano el saber que todas sus acciones pueden ser los instrumentos de su dicha, y que todos los sucesos que le rodean cooperan á su bien. Ved aqui la razon de presentaros como asunto de mi discurso y pábulo de vuestra piedad y sólida devocion, la felicidad de la muerte de un buen Cristiano. Para sacar los dulces frutos que deseo, ayudadme á implorar los auxilios de la gracia por medio de la Santísima Virgen.

AVE MARIA.

Non est mortua puella; sed dormit.

No está muerta la muchacha; sino dormida.

S. MATEO, CAP. 9.

La tristeza, el temor, y el llanto, parecen ser el único patrimonio que reserva la muerte á los que vivieron sin esperanza, y sin temor alguno. Estos infelices en el fatal momento de su agonía, son oprimidos con el formidable peso de sus licenciosas costumbres; pasó ya su día, y amaneció el día de Dios. Mas, para los verdaderos Cristianos, para los fieles hijos de la Iglesia, ni lo pasado, ni lo presente, ni lo futuro, les ocasiona

tristeza, ni tienen porque temblar; antes por el contrario, como el Espíritu Santo nos asegura, que el justo desde la hora de su muerte descansará y quedará exento de trabajos y peligros, el alma cristiana se alegra cuando el hombre muere, así como el fatigado labrador, cuando se pone el sol y está ya cercana la noche; pues conoce que ella le proporciona el más delicioso descanso. El justo ve que la muerte da fin á las miserias de la vida humana, y se alegra con el premio que vá á coronar sus buenas obras y los trabajos de la *penitencia feliz*, según la exclamación de San Pedro de Alcántara.

El marinero náufrago que ha sufrido largo tiempo, desamparado y solo, el azote de las tempestades y los vientos, en un mar borrascoso y alterado, ¡cuánta no será su alegría,

cuando ve ya cercano el puerto! Pues bien: el alma y el cuerpo humano forman este bajel que durante la vida, es azotado y va fluctuando entre mil escollos, batido por los vientos y tempestades que embravecen las negras olas del mar de este mundo: agitado siempre de tentaciones, gime privado de Dios y de los Santos, suspira por el puerto de la felicidad sempiterna, y un sagrado placer inunda su corazón, cuando por la muerte le mira ya cercano. Dios enjugará las lágrimas de los Santos, dice el Profeta; la pobreza, los tributos, los pleitos, los trabajos, las guerras, el hambre y la sed, la tristeza, los dolores y las enfermedades, no se concen jamás en la mansion que le aguarda. Su mayor consuelo es, que muy pronto estará libre de todo peligro de pecar, y no habrá objetos que le sepa-

ren ya del amor de Dios. Dos cosas acostumbran afligir al hombre en la muerte, los dolores de la enfermedad, y las noches largas y penosas. Empero el Cristiano siente un alivio indecible en estas dos cosas. Dios derrama en su corazón unos consuelos tan sensibles, que calman los ardores de la fiebre y embotan las puntas de sus dolores, suavizando las asperezas del mal. Así lo ha prometido el Señor por su real Profeta, diciendo: el Señor vendrá á consolarle cuando esté sobre el lecho de su dolor. *Dominus opem ferat illi super lectum doloris ejus.*

Lo que inquieta y aflige al impío moribundo es el porvenir de su alma y cuerpo; su cuerpo horrible será presa de gusanos; su alma será presentada en el tribunal de un juez inexorable y severo. El hombre justo está exento de estas dos penas terribles.

Espera ser presentado, no en la presencia de su Juez, sino de su amado Salvador; de la voz de Dios que le llama á juicio nace su esperanza de ser luego coronado de gloria en presencia de los Angeles. Es verdad que el cuerpo lo siente desfallecer, y sabe que será reducido á polvo, mas está cierto que no lo será para siempre; y que si hoy se despoja del viejo vestido del cuerpo es para volverlo á vestir mañana todo nuevo, inmortal y glorioso conforme al cuerpo de Jesucristo, según el Apóstol. El tránsito, pues, del justo, no es con propiedad una muerte, sino una corta separación del alma. Sí, Católicos fieles: el alma del verdadero Cristiano separese del cuerpo por una breve temporada: esta mitad querida del hombre va delante á la corte del Cielo, á recibir de Dios la recom-

pensa de sus servicios: mas tiene que volver un dia á juntarse con la otra mitad, pues el cuerpo ha de ser tambien participante de su gloria.

Esta separacion es por un momento relativo á la eternidad: media en él la mas tierna y grata despedida del espíritu y la carne, que pudiéramos formular en estos términos: por parte del cuerpo: ¿por qué me dejas? ¿quién te ha precisado á separarte de mí? ¿Héte yo, por ventura, desobligado en cosa alguna? ¿No ha sido Dios el que nos unió? ¿Yo no he sido tu morada tantos años? ¿A dónde irás saliendo de aquí? ¿Qué será de mí despues de nuestra dolorosa separacion? ¿Cuán horrible y desfigurado quedaré!! Seré ceniza y polvo. Yo no me separo de tí, dirá el alma, por estar descontenta, sino por tu propio bien y el mio; por la dicha comun

de los dos. Yo me adelanto á tomar posesion de la morada de los Angeles, que hemos merecido ambos con la gracia de Jesucristo; yo debo llevarte conmigo; antes del pecado de nuestro padre Adam, era inseparable nuestra union; empero despues del pecado, quedaste sujeto al dolor de la mortalidad y al tributo que debes á la corrupcion. Despues serás reformado y rejuvenecido; te levantarás de la tierra resplandeciente, agil, inmortal y glorioso, y entonces nos volveremos á unir por toda la eternidad: á Dios fiel compañero y servidor mio! que me has obedecido con tanta paciencia; que me ayudaste á llevar la cruz constantemente; que labraste conmigo la corona inmarcesible que nos aguarda: perdona si te traté con rigor en las austeridades de la penitencia. Si te he privado de muchos

gustos , hícelo por no condenarme, y por el amor que te tenia. No te contristes si yo voy la primera, luego me volveré á unir contigo. Ruego á la tierra , entretanto , que guarde fielmente la sagrada prenda que la dejó en depósito , y que te vuelva á tu querida esposa en el dia de la resurreccion.

En la muerte todo abandona al hombre: solo sus buenas obras le seguirán: parientes, amigos, placeres, riquezas, honores, destinos, tierras, caudales, todo le deja en aquel triste momento, solo el bien y el mal que hizo le acompañarán eternamente. ¡ Desdichado aquel que solo hubiese hecho malas obras, ó que pudiéndolas hacer buenas, no las hizo!! Y mil veces venturoso aquel que se halle rico, de santas obras entonces!! Estas le precederán, le acom-

pañarán y le seguirán en el gran viage de la eternidad. Regocijaos, pues, ó almas fieles, las que seguisteis el camino de la virtud; habeis llenado los altos deberes de la Religion y del estado de cada una; habeis derramado vuestras limosnas en el seno de los pobres, llenasteis de consuelo las almas afligidas; Dios, ahora, os colmará de su gloria; las virtudes irán delante, y os abrirán el Paraiso, y en el momento de la muerte se-reis inundadas de la gloria del Señor.

En la persona del Santo Rey Ezequías vemos un ejemplo de las virtudes que pueden y deben adornar al verdadero Cristiano, y cuanto es su valor y poderío al tiempo de morir. ¿Es necesario aplicarse á la virtud y á la práctica de las buenas obras? El se aplicó. ¿Es preciso tener una in-